

## Nueve asedios a García Márquez

Escribe: HUGO RUIZ

La Editorial Universitaria, de Santiago de Chile, acaba de lanzar un pequeño volumen bajo el título de *Nueve asedios a García Márquez*, título que significa un compendio de nueve trabajos de diferente autor sobre el novelista colombiano. La edición, modesta pero pulcra, comprende ensayos sobre la obra de García Márquez aparecidos en distintos órganos literarios del continente, y sus autores son, en el orden del libro, Mario Benedetti, Emmanuel Carballo, Pedro Lastra, Juan Loveluck, Julio Ortega, José Miguel Oviedo, Angel Rama, Mario Vargas Llosa y Ernesto Volkening. La obra incluye, además, una "contribución a la bibliografía de Gabriel García Márquez", que sorprende por lo documentada y precisa. No solo abarca esta bibliografía las ya numerosas ediciones de los libros de García Márquez en nuestro idioma, sino también una completa enumeración de los trabajos sobre él publicados en todo el hemisferio, sin desdeñar algunos reportajes. Cada referencia trae una nota crítica, breve pero concisa, sobre la importancia de la misma. Para el estudioso de la obra de García Márquez este libro es una irremplazable brújula.

*Gabriel García Márquez o la vigilia dentro del sueño* es el ensayo, del uruguayo Mario Benedetti, con que se inicia el libro. Se trata de un trabajo aparecido originalmente en el libro del mismo autor *Letras del continente mestizo*, editado por la Editorial Arca, de Montevideo. Benedetti, como casi todos los ensayistas seleccionados, hace un somero recuento de la vida de García Márquez, y no puede evitar —tampoco— la comparación, al parecer irrefutable, de los primeros libros del colombiano con Faulkner. Especialmente por la circunstancia de que el colom-

biano, como el norteamericano, sitúan su obra en un solo y único lugar de referencia, llámese Macondo o Yoknapatawpha. El artículo de Benedetti es conciso, agradable, muy bien escrito, pero no aporta realmente nada esclarecedor sobre la obra de García Márquez que no hubiera sido dicho antes. Benedetti analiza, en orden de aparición, toda la obra del narrador de Aracataca, desde *La hojarasca* hasta *Cien años de soledad*, y hace hincapié en el hecho, por cierto discutible, de que los libros anteriores a esta última novela son simples borradores de *Cien años de soledad*. Benedetti concluye sus apreciaciones críticas señalando que “si el Macondo de los otros libros transcurría a ras del suelo, este de ahora transcurre a ras de sueño. Los ojos abiertos que, tácitamente, el novelista reclama del lector, son en cierto modo los de una vigilia dentro del sueño. Por algo, la más famosa enfermedad que atraviesa el libro, es la peste del insomnio. ¿Dónde es permitido mantenerse inexorablemente despierto? ¿En qué región que no sea la del sueño es posible la vigilia total, inacabable?”, y agrega más adelante: “En una dimensión así, donde todo parece levemente distorsionado, pero no irreal, cada premonición ocurre como vislumbre, cada palabrota suena como un canon, cada muerte viene a ser un tránsito deliberado. Quizá ahí esté el más recóndito significado de estos pavorosos, desalados, mágicos, sorprendentes *Cien años de soledad*. Porque la verdad es que nunca se está tan solo como en el sueño”.

Emmanuel Carballo titula su ensayo *Gabriel García Márquez, un gran novelista latinoamericano*, que apareció originalmente en la “Revista de la Universidad de Méjico”. Carballo traza el proceso creativo de la obra de García Márquez y señala dos planos, radicalmente diferentes aunque ligados de algún íntimo modo entre sí. En realidad, la diferencia que señala Carballo es eminentemente de lugar. Indica claramente lo que significa Macondo y El Pueblo, y las causas que determinaron la creación de este nuevo sitio en la obra del autor de *Cien años de soledad*. Para Carballo, esta causa es esencialmente la violencia de tipo político. El Pueblo es el escenario de seis de los ocho cuentos que integran *Los funerales de la Mama Grande*, de *El coronel no tiene quién le escriba* y de *La mala hora*. Macondo aparece en los dos restantes relatos de *Los funerales...*, en *La hojarasca* y adquiere su vasta totalidad en *Cien años...* “A diferencia de Macondo —dice Carballo— que vive en la leyenda, que cree en los milagros y en las catástrofes, este pueblo sin nombre, y no lo tiene porque así engloba en su realidad mez-

quina a todos los pueblos del continente, prefiere la historia al mito". El trabajo de Carballo es interesante, pero creo que se equivoca cuando señala que García Márquez "se mueve con mayor naturalidad y eficiencia en las narraciones extensas que en las breves, ya que domina mejor el análisis que la síntesis". Juicio éste que se contradice con ese ejemplar relato de sobriedad narrativa, síntesis casi perfecta y fuerte retrato de un personaje femenino con trazos seguros en blanco y negro que es *La siesta del martes*. De cualquier forma, se trata de un ensayo bien estructurado, que da una visión crítica profunda de la obra de García Márquez.

Pedro Lastra nos sorprende favorablemente al encontrar en su estudio *La tragedia como fundamento estructural de la hojarasca*, íntimas e irrefutables vinculaciones entre la citada novela y las tragedias de Sófocles. El trabajo de Lastra apareció publicado por primera vez en la revista "Anales de la Universidad de Chile", y parte del epígrafe de la novela, tomado de Antígona, de Sófocles, para desarrollar una coherente y documentada tesis sobre los vínculos que unen las dos obras. El epígrafe de *La hojarasca*, dice: "Y respecto del cadáver de Polinices, que miserablemente ha muerto, dicen que ha publicado un bando para que ningún ciudadano lo entierre ni lo llore, sino que insepulto y sin los honores del llanto, lo dejen para sabrosa presa de las aves que se abalancen a devorarlo. Ese bando dicen que el bueno de Creonte ha hecho pregonar por tí y por mí, quiere decir que por mí; y que vendrá aquí para anunciar esa orden a los que no la conocen; y que la cosa se ha de tomar no de cualquier manera, porque quien se atreva a hacer algo de lo que prohíbe será lapidado por el pueblo". Desde luego, no resulta difícil hallar el vínculo de un epígrafe con la obra respectiva, pero Lastra va más allá, y señala agudamente varios puntos de unión, de ningún modo coincidentes. El epígrafe alude a la sentencia proferida por el pueblo de Macondo contra el médico francés que se negó en una matanza a atender a los heridos, y por lo cual se le condenó a permanecer insepulto. Lastra relaciona también la actitud desafiante del viejo coronel protagonista de la novela que se atreve a intentar enterrar al suicida médico, con un fragmento de *Edipo en Colono*, en el cual Polinices obtiene de Antígona la promesa de que le tributará honras fúnebres a su muerte. Tal fragmento, es indudable, encuentra su relación con ese otro de *La hojarasca* en que el médico, después de salvarle la vida al coronel, le pide echarle "un poco de

tierra cuando amanezca tieso. Es lo único que necesito para que no me coman los gallinazos”, y que Lastra cita completamente en su interesante ensayo.

Otras relaciones semejantes, y aún más complejas, encuentra Lastra en su trabajo, pero citarlas o referirse a ellas prolongarían mucho esta nota. Baste con decir que el sentimiento trágico de esta obra —a la cual, entre otras cosas, Lastra señala desniveles y fallas— encuentra su mejor sostén en situaciones paralelas a las tragedias de Sófocles, punto de vista que contribuye poderosamente al estudio de la obra de García Márquez.

Juan Loveluck dedica su ensayo *Gabriel García Márquez, narrador colombiano*, a estudiar principalmente los ocultos mecanismos de el tiempo en la obra “gabitiana”. Después de hacer una prolongada incursión por la historia de la más reciente literatura latinoamericana, Loveluck acomete una interpretación de la “disposición temporal de la Hojarasca”, con oportunos ejemplos y lúcidas conclusiones. El trabajo de Loveluck se publicó originalmente en la “Duquesne Hispanic Review”, de Estados Unidos, pero no trata sobre *Cien años de soledad* por ser anterior a su publicación.

Loveluck hace referencia a lo que él llama *Los personajes constantes*, o sea aquellos que aparecen una y otra vez en los libros de GGM. Distingue luego lo que califica de “motivos flotantes”, entendiendo como tales situaciones que se repiten en los cuatro libros analizados —el dolor de muelas del alcalde en el cuento *Un día de estos* y en *La mala hora*, el calor de Macondo, las dolencias “del inescrupuloso don Sabas y los cuidados que recibe del médico”, etc. Otros puntos que Loveluck advierte en la obra de García Márquez son: “el afán por fundir pasado y presente en una línea de vigencia continua”; “la elección y fijación de un lugar como sumo espacio de representación, abreviatura o cifra perfecta del mundo, como su posibilidad de expresión total, por su mayúscula universalidad”, pero a lo que concede mayor atención es al “empleo del tiempo”, para parodiar el título de Butor, por parte del narrador colombiano. Se trata de un ensayo bien concebido y coherente en sus apreciaciones.

Julio Ortega, por su parte, distingue cuatro esenciales secuencias en *Cien años de soledad*. El trabajo de Ortega, que se

refiere únicamente a esta novela, hace parte del libro *La contemplación y la fiesta*, que analiza la nueva novela latinoamericana, y que fue editado por la Editorial Universitaria de Lima. El estudio del ensayista peruano es uno de los más interesantes del libro, y las cuatro secuencias que señala son: 1) el mundo y el tiempo mítico de los fundadores; 2) el mundo y el tiempo histórico que introduce el coronel Aureliano Buendía y sus guerras; 3) el tiempo cíclico en la madurez y muerte de los primeros personajes, y su mundo transmutado por la inserción de Macondo en una realidad más vasta y 4) el deterioro de Macondo, *axis mundi*, en el agotamiento de los canjes de su realidad por el mundo y tiempo exteriores, que equivale también al agotamiento del linaje, eje de Macondo.

A partir de estas premisas, Ortega desarrolla su trabajo, delineando los límites entre una y otra secuencia, ilustrando con ejemplos convincentes sus juicios, para concluir con la siguiente observación:

“El hombre que perdió el paraíso y que lo vuelve a conquistar inventando un mundo arquetípico, lo vuelve a perder así en la soledad que transcurre en la vecindad del castigo y la muerte. La maldición del hijo del pecado señala, por eso, una zona hecha de culpa y de rebelión. Denuncia la irreversible condena de una época, de un linaje y una historia: los cien años de soledad encuentran en la dialéctica de varios mundos y tiempos el exorcismo con que esta novela los hace hermosos, reclamando también otro tiempo para la inocencia”.

*Macondo, un territorio mágico y americano*, se llama el estudio de José Miguel Oviedo, que consiste en una versión ampliada y actualizada de los trabajos publicados por el autor en las revistas “Amaru” y “Víspera”. Apoyándose en una declaración de García Márquez según la cual el primer párrafo de *Cien años de soledad* lo escribió a los 17 años, pero abandonó el libro por considerar que el “paquete” era entonces demasiado grande para él, Oviedo deduce que “a través de cada uno de sus libros, García Márquez había estado persiguiendo siempre El Libro, la metáfora total de su país, que se titula *Cien años de soledad*. Como sabía que la empresa podía demorarlo un buen tiempo (...), fue escribiendo y publicando partes de aquel libro imposible, un poco por desbrozar su camino (...) y otro poco por exorcisar sus fantasmas personales”.

Después de esta especie de prólogo, Oviedo analiza lo que califica de “las obsesiones del mal” en la familia Buendía, deteniéndose en el incesto y la soledad, primordialmente. Oviedo distingue así tres obsesiones en los Buendía: la de concebir monstruos, el incesto y la soledad. “Las tres obsesiones, anota Oviedo, configuran una sola imagen: el mal, el destino infame que los Buendía tienen que cumplir”.

Oviedo termina su estudio con un párrafo revelador: “*Cien años de soledad* puede leerse, de este modo, como una cifra bíblica, como una memorable versión latinoamericana de la perenne tragedia humana, esa lucha que el Ángel libra con el Demonio”.

Ángel Rama, en *Un novelista de la violencia americana*, centra su ensayo, como lo indica el título, en demostrar la forma en que GGM ha venido desentrañando los nudos de la violencia en Colombia. Rama encuentra en el cuento *Un día después del sábado* la génesis de las virtudes narrativas de García Márquez. “Si por un lado estamos —dice— ante una radiografía rigurosa, escueta y certera de una sociedad históricamente datada, cuyos rasgos generalizadores son manejados con precisión para no retacear nada a los destinos individuales que en ella se fraguan, por el otro encontramos una visión histórica, casi mítica, del universo, fuertemente invadida por las concepciones tradicionales del catolicismo popular donde pervive la idea de la culpa y del castigo consiguiente, la noción del pecado original, la esperanza en la revelación, la acechanza mágica, la afirmación del destino como clave en la aventura humana”.

Al continuar estudiando el “realismo alucinado” de García Márquez, Rama llega a la conclusión de que “a pesar de que estamos ante un determinismo social muy acusado, esta obra convoca la libertad del lector, la hace posible al reclamar su participación creadora”.

“Creo que no hay novelista que haya visto tan aguda, tan verazmente, la relación íntima que existe entre la estructura político-social de un determinado país y el comportamiento de sus personajes”, agrega.

Rama analiza a espacio *La hojarasca*, *El coronel*, *Los funerales* y *La mala hora* desde este punto de vista, y cambia de

enfoque al llegar a *Cien años de soledad*. Distingue en los primeros cuatro libros un ciclo completo, redondo en sí mismo sobre el tema de la violencia, pero advierte en *Cien años...* un “nuevo modo de narrar”, para subrayar en este libro el afán de una “configuración total de las experiencias humanas, apelando a todos los ingredientes de la realidad circundante y de la imaginación”.

El trabajo de Rama, modificado ahora en algunas partes, apareció por primera vez en el semanario “Marcha”, de Montevideo.

*García Márquez: de Aracataca a Macondo*, fue el nombre que dio a su trabajo el también novelista Mario Vargas Llosa, y que preparó especialmente para el libro que comentamos. El autor de *La ciudad y los perros* empieza por señalar tres virtudes esenciales, en su concepto, de *Cien años de soledad*. Por parecerme de especial interés, cito el párrafo completo:

“La primera, que se trata de una novela “total”, en la línea de sus creaciones demencialmente ambiciosas que aspiran a competir con la realidad de igual a igual, enfrentándole una imagen de una vitalidad, vastedad y complejidad cualitativamente equivalentes. En segundo lugar, algo que podríamos llamar su naturaleza plural, el hecho de ser simultáneamente cosas que se creían antinómicas: tradicional y moderna, localista y universal, imaginaria y realista. Pero tal vez la más misteriosa de sus virtudes sea la tercera: su accesibilidad ilimitada, es decir, su facultad de estar al alcance, con premios distintos pero abundantes para cada cual, del lector inteligente y del imbécil, del espíritu complicado y del simple, del refinado que paladea la prosa, contempla la arquitectura y descifra los símbolos de una ficción y del impaciente que solo atiende a la anécdota cruda. El genio literario de nuestro tiempo suele ser hermético, minoritario y agobiante. *Cien años de soledad* es uno de los raros casos de obra literaria mayor contemporánea que todos pueden leer, entender y gozar”.

El trabajo de Vargas Llosa es, esencialmente, informativo. A medida que va contando la vida de GGM va analizando las obras de cada época, y sacando las respectivas conclusiones. Sirve, antes que todo, para forjarse una idea más o menos precisa de la evolución de García Márquez.

El último ensayo, *Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado*, de Ernesto Volkening, fue publicado, junto con el apéndice sobre *La mala hora*, aparecido en la misma revista, y del mismo autor, en "Eco", de Bogotá. Acompaña además la edición de *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*, lo que lo hace suficientemente conocido de los colombianos a quienes interesa. Se trata de un excelente estudio que abarca desde las relaciones con Faulkner —así sea para negarlas— hasta el pormenorizado análisis de los personajes, masculino y femenino como dos mundos aislados y opuestos.

En resumen, un excelente libro, que permite tener a la mano algunos de los más juiciosos estudios que sobre la obra de García Márquez se han hecho. Solo resta lamentar la exclusión, seguramente por razones editoriales, de los trabajos de Luis Hars, *García Márquez o la cuerda floja*, de su libro *Los nuestros*, y del ensayo de Emir Rodríguez Monegal sobre *Cien años de soledad*.